

JOXE ULIBARRENA

Elur ULIBARRENA HERCE

ulibarrenamuseo@gmail.com

La familia es algo importante para cualquier ser humano, independientemente de la estructura que esta tenga.

Yo soy Elur, la cuarta de las/os seis hijas/os que tuvo Joxe Ulibarrena. Escribo estas líneas mientras recupero mis vivencias de niña, recordando a un padre juguetón y divertido, firme y trabajador autosuficiente, mucho más mayor que los de mis amigas/os...

-¡Parece tu abuelo!, me solían decir en el instituto. Y es que Joxe Ulibarrena tenía ya tres hijos/as adolescentes cuando yo nací, fruto de su matrimonio con otra mujer que no era mi madre. No recuerdo que hubiera problemas en casa por ese motivo. Pese a lo que en ocasiones percibía como intromisiones en nuestro estilo de vida, aprendí desde bien pequeña, que el núcleo familiar es el vínculo personal con las raíces.



Joxe y Rosa, 1970.

En casa hablamos francés. Y es que resulta que Joxe, tras estudiar en la escuela de Artes y Oficios de Pamplona obtuvo una beca para estudiar Bellas Artes en París y aquello, como otras muchas cosas en la vida, lo consideró un recurso valioso para nutrirse a sí mismo y a su familia.

Mi hermana Alodia y yo nacimos en Denia (Alicante) ya que Joxe y Rosa, como dos hippies, salieron de viaje en busca de un lugar donde comenzar un proyecto común. Poco antes de mi nacimiento aterrizaron en Xàbia, donde vivimos hasta empezar la escuela. Vinimos a vivir a Pamplona en el año 1976, lo que no facilitó que ni mi hermana ni yo, echáramos raíces en la Costa Blanca.

Y es que Joxe ha sido muy emprendedor, siempre dispuesto y sin miedo a vivir nuevas experiencias. Mis hermanos mayores habían nacido en Caracas e igual que en el caso de mi hermana y en el mío propio, antes de tener arraigo en aquellas tierras Joxe había decidido volver para vivir en la casa Napartxo de Berrioplano.

Luego supimos que nuestro padre quería que creciéramos en este viejo reino y que conociéramos nuestras raíces. Invertíamos mucho tiempo aprendiendo euskera, y siempre que había ocasión visitábamos lugares relacionados con nuestra historia. Era su forma de transmitirnos ese legado que para él era imprescindible.



-Si sabes quién es tu madre no te despistas de tu camino en la vida, decía...

Citaba frecuentemente a personas como José Estornés Lasa y el Hermano Ginés (Pablo Mandazen) a quienes consideraba auténticos maestros en Caracas y a D. José Miguel de Barandiarán con quien compartía largas charlas.



Con Enrike Zelaia y Montxo Armendariz.

Las circunstancias le mostraron el camino de vuelta a Navarra. Y sin dudarlo dejó atrás lo que tanto esfuerzo le había costado y volvió a su hogar dispuesto a crear redes y proyectos con otros/as artistas y amistades con quienes compartía inquietudes.

A finales de los años 70 retomó la Korrisketa, que había organizado con anterioridad por San Fermín Txiki, liando a todo el que se interesaba por los vehículos antiguos para que participase en un desfile que recorría los pueblos de la Comarca de Pamplona y finalizaba con una exposición en la Plaza del Castillo. Al estilo de mi padre, aquello era una fiesta autogestionada que requería la colaboración de familia y amigos/as. Había que salir vestid@ de época, lo que requería preparar multitud de atuendos para los participantes... había que conseguir patrocinadores, lo que implicaba ir a pedir dinero aquí y allá... había que hacer publicidad, lo que requería hacer carteles, repartirlos por los comercios, hablar con la prensa...; ¡¡Uffff!! Muchísimo trabajo para hacer algo que realmente era único y efímero, cuyo objetivo no era otro que dar un poco de vidilla a Pamplona y a las/os pamplonesas/es en fiestas. Era una de sus maneras de mostrar que nuestras/os antepasadas/os no estaban atrasadas/os, sino todo lo contrario. Un antiguo camión de Bomberos de Diputación, una docena de motocicletas y una veintena de coches de las primeras décadas del S. XX rebosantes de personas vestidas con ajuares elegantes, de ricos diseños

que hacían las delicias de la gente, era el premio que obteníamos de todos aquellos esfuerzos y que a mí me hacían sentirme como la "princesa" más afortunada del planeta. Aquello no lo podía igualar ningún otro progenitor de ninguna/o de mis amigas/os porque tanto el proceso como el resultado eran como juegos de obstáculos que superábamos unidos/as.

Gracias a un colaborador habitual de las Korrisketas, Ignacio Arteta, dueño de la autoescuela Arteta, conocimos el Valle de Olo y Ulibarrena se enamoró de la Casa Fantikorena, que en aquel momento estaba en venta. Pronto se planteó el reto de arreglar la casa y poner allí su taller.

A su modo fue tomándole el pulso al lugar; con medio balón de goma y una cuchara aplastada iba preparando la argamasa donde aglutinaba las ideas con los materiales. Desde el amanecer, siempre recogiendo cosas como una hormiguita, iba aportando nueva vida a aquel caserón. Al atardecer, se encaminaba pala en mano, hacia el frontón e invitaba a cualquiera a jugar a pelota. Cuando le decían: - ¿qué tal José? Contestaba: -Tú bien y ¿yo?

Ulibarrena era un tipo raro en Arteta, un artista... y ya se sabe que todos los artistas ¡son raros! Siempre andaba con su viejo Peugeot cargado de "chatarra" mientras se interesaba por las historias de antes: que si el concejo, que si el auzolan, que si el comunal... Siempre husmeando en los vertederos, en busca de residuos de vidas olvidadas. Gastaba miles de pesetas en trastos obsoletos, que olían a viejo y en cambio, cogía los pantalones que cualquier vecina/o había tirado a la basura; si le estaban grandes, se ajustaba una cuerda a la cintura y aurrera!



Ulibarrena con José Miguel de Barandiarán.

Con el paso del tiempo la Casa Fantikorena iba tomando forma de museo etnográfico y poliki poliki, mi aita también iba sembrando



Preparando una exposición en la Ciudadela de Pamplona, 1982.

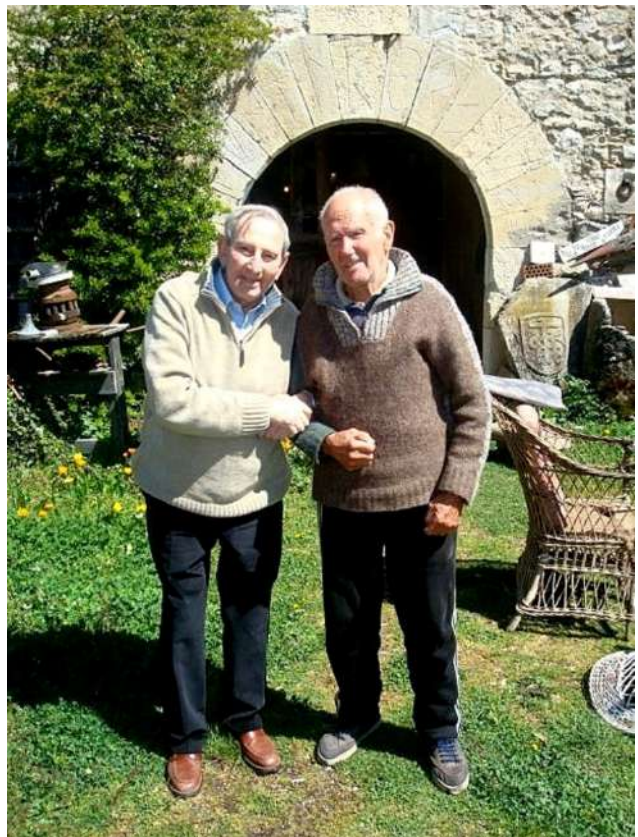
proyectos aquí y allá, jugando, explorando lugares remotos de Euskal Herria, siempre jugando. Nos enseñó que, el que se dedica a lo que realmente le gusta nunca está trabajando, sino que está jugando. Y ya se sabe que en el juego unas veces se gana y otras se pierde... y así vamos modelándonos y moldeándonos desde el primer hasta el último día de nuestra vida.

Como un crío, jugando con sus amigos y con sus juguetes, llegó a hacer una colección etnográfica impresionante que inauguró el 10 de octubre de 1986, y que hoy permanece abierta al público en la Casa Fantikorena de Arteta gracias al esfuerzo de toda la familia. Pero esto es como lo de la Korrisketa; los esfuerzos humanos, económicos etc. no se ven, pero están ahí; detrás de cada pieza de la colección hay muchísimas historias y como parte del museo y de la casa, somos también parte de esas historias.

Cada objeto fue elegido entre muchos otros, que en su día pasaron por nuestras manos. Muchos de ellos no están en la colección, ya que tuvimos que revenderlos para comprar otros que Joxe consideró más adecuados, pero las historias de aquellos que no están en la colección se aferraron a la memoria de mi

padre. Por todo esto, las historias que acompañan a los objetos etnográficos son las que inspiran la mayoría de sus esculturas.

La obra artística de Joxe Ulibarrena se nutre de la cultura popular y brota de un conocimiento profundo de la antropología y de la historia de Navarra.



Con José M^a Muruzábal del Val,
Arteta, 2004.



Ulibarrena con Juan Cruz Alli en 1993.

Cada objeto fue el producto de una necesidad y de la reflexión en torno a esta; cada pieza fue la materialización de una idea ingeniosa, la solución innovadora para un problema que planteaba la vida. En cada obra artesanal hay conocimiento, experiencia e innovación y todo esto pone de manifiesto que nuestras/os antepasadas/os, pese a no ser bien consideradas/os ni siquiera reconocidas/os socialmente, sino tachadas/os peyorativamente de aldeanas/os, eran muy inteligentes porque vivían en equilibrio con su ecosistema, cosa que no podemos decir la gran mayoría de nosotras/os, las/os moderní-

Parque de la Memoria en Sartaguda, 2008. Joxe, Rosa, Miren, Elur y Aritz.



colas del siglo XXI, como nos llamaba Ulibarrena.

Los perfiles afilados que dibuja son los de aquellos/as baserritarras que habitaron las aldeas, aldeanos/as que demostraron ser artistas en su gremio y dando lo mejor de sus mentes y de sus manos, aportaron progreso a sus comunidades, pero luego fueron ninguneados/as.

Rescatar nuestra memoria es rescatar la cultura centenaria de los antiguos/as pobladores/as de nuestro antiguo reino, aquellos/as que resistieron los envites del destino sin bajar la cabeza. Las últimas enseñanzas de mi padre me mostraron que NO es cuestión de nostalgia del pasado, si no de dignificar lo pisoteado.

Su museo y su casa, Fantikorena, fue su último hogar, aquel que le arrebataron en su infancia. Hoy es el espacio donde se fusiona el legado de su pueblo con el suyo propio. Entrar allí es como mirar al cielo e intentar ver todas las estrellas a la vez.

Goian bego aita! ■



FUNDACION MARISCAL
PEDRO DE NABARRA

MUSEO ETNOGRAFICO
DEL REINO DE PAÑPLONA